

Como si el pasar del río dejara borrascas de memorias: narrativas del conflicto armado en Pensilvania (Caldas)¹

Mariana Flórez-Arredondo²

Resumen

Las memorias del conflicto armado en Bolivia, Pensilvania (Caldas) a veces me ahogan, porque pasan a través de un río caudaloso que me cubre y me empapa del olor ácido y dulzón de la sangre. De ahí la necesidad de conectar los hilos que atraviesan mi relato con los tejidos que dan cuenta de las memorias que guardan otras personas, en específico, siete habitantes del corregimiento cercanos a mi experiencia de vida. La ruta metodológica para entretrejer los relatos se apoya en dos formas de investigación social cualitativa: la autoetnografía y la metodología narrativa. En el encuentro de nuestros relatos sobresale la importancia de narrar las vivencias en torno al conflicto armado, indagar en las violencias legitimadas alrededor de él y hablar sobre paz en articulación con los vestigios de la guerra desde apuestas y propuestas que auguren un lugar distinto.

Cómo citar este artículo

Flórez-Arredondo, M. (2023). Como si el pasar del río dejara borrascas de memorias: narrativas del conflicto armado en Pensilvania (Caldas). *Zegusqua*, (2), 20-31.

Palabras clave

narrativas; memoria; conflicto armado; paz



1. Agradecimiento profundo y especial a Adriana Chacón Chacón por su tiempo y apoyo en la construcción del artículo; sus ideas, saberes y sentires convergen con las narrativas que entretrejen este texto.
2. Estudiante de noveno semestre de la Licenciatura en Español e Inglés de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia. maflorea@upn.edu.co.

Introducción

Cada vez que cruzo un puente, evito mirar el caudal del río que circula impaciente, mas esto no me permite escapar de su sonido, el cual me aterra, porque evoca en mí la imagen de cuerpos arrastrados por el agua cristalina. Pienso, además, en carros estacionados a la orilla del puente, en gritos que se esfuman ante la caída, en las memorias que guardan las rocas que he visto toda mi vida. Encarno una experiencia similar cuando el anochecer me atrapa en campo abierto, en la finca de mis abuelos o en el potrero donde jugaba de chiquita; me siento expuesta, vulnerable, débil. Y tal sensación se repite cuando sin razón anunciada se va la luz en el pueblo; me envuelven la incertidumbre y el miedo. Muchas veces me pregunté si alguien guardaba también estos temores, razón que explica las siete narrativas que se presentan en este artículo, como una forma de reconocimiento de aquello que implicó el conflicto armado en el corregimiento de Bolivia, en Pensilvania (Caldas), pero también como una posibilidad de conversar acerca de la paz.

De tal modo, empecé a explorar mis memorias, mis recuerdos y mis miedos sobre el conflicto armado, porque como bien lo señala Todorov (2013) "mientras los recuerdos sean reprimidos seguirán estando activos, impidiéndole vivir, pero si son recuperados pacientemente podrán ocupar un mejor lugar" (p. 22); y precisamente eso era lo que perseguía: disfrutar del caudal del río y no temerle, gozar de las noches tranquilas en la finca y aguardar, sin angustia, el regreso de la luz eléctrica. Se convirtió en una necesidad escuchar a las personas que estaban a mi alrededor, para que juntas pudiéramos revisar nuestra memoria, reconocer cómo ello afectaba nuestro presente y construir otros caminos hacia el futuro, en los cuales el miedo se convirtiera en tranquilidad, y la angustia y desesperanza en una ruta para la paz.

Sumado a ello, pensé en el alivio que significa ser escuchado, apuesta que emprendió la Comisión de la Verdad al sacar ese dolor silencioso de las víctimas, al hacer frente a la indiferencia, al ir más allá de las cifras y llegar hasta esos hombres, mujeres, niños que habían sido enmudecidos por las balas y la guerra. Por tanto, y como se podrá observar en las siguientes páginas, fue indispensable acudir al miedo hecho narración, repensar la violencia que subyace al corregimiento, hablar sobre la posibilidad de perdón, porque si bien hemos heredado un territorio salpicado por la sangre, podemos cortar el ciclo repitente e invitarlo a cambiar. De modo que nos reunimos en octubre del 2020 y en julio del 2022 para hablar sobre aquellos recuerdos que emanaban sobre los finales de 1990 y los inicios del 2000 en Bolivia (Caldas), con un fin claro: la no continuidad y la no repetición.

Ruta metodológica: materiales y métodos

La ruta metodológica que traza el camino del artículo se apoya en dos formas de la investigación social cualitativa. Por un lado, se encuentra el diseño narrativo; al respecto Hernández Sampieri *et al.* (2018) mencionan: “las narrativas pretenden entender la sucesión de hechos, situaciones, fenómenos, procesos y eventos donde se involucran pensamientos, sentimientos, emociones e interacciones, a través de las vivencias contadas por quienes los experimentaron” (p. 487), y por otro lado, tiene lugar el enfoque autoetnográfico, a saber, aquel que involucra “investigación, escritura, historia y método que conectan lo autobiográfico y personal con lo cultural, social y político” (Ellis, 2004, citada en Bérnard, 2019, p. 9). De tal manera, se gestó una oportunidad para que el relato que me atravesaba como investigadora se reuniera con otros relatos en función de abrazar memorias que por muchos años habían estado reservadas a temores ocultos y a historias desgarradoras difíciles de verbalizar.

En principio, en el 2020 surgieron cuatro narrativas, las cuales estaban orientadas a la construcción de un artículo investigativo en un espacio académico de escritura que estaba cursando en la Universidad Pedagógica Nacional; los participantes correspondieron al asesor de cultura del municipio, dos mujeres madres de familia y comerciantes independientes del corregimiento, y una joven universitaria de allí. Más tarde, en el 2022, se generaron tres narrativas más con el objetivo de ampliar las voces y memorias que se incluyen en este nuevo artículo, en las cuales dos jóvenes del corregimiento y una madre de familia evocaron sus recuerdos alrededor de este difícil pasado que subyace al presente del pueblo. Tal interacción se dio a través de entrevistas didáctico-reflexivas, que “se enfocan en los significados producidos interactivamente y en la dinámica emocional de la entrevista. Se enfocan en el participante y su historia, sus palabras y sus pensamientos, así como en los sentimientos del investigador” (Ellis *et al.*, 2010, citados en Bérnard, 2019, p. 25). Por tanto, mediante el diálogo, se fue conversando sobre el conflicto armado, su impacto en el corregimiento y la construcción de paz que nos reclama el territorio.

La elección de los participantes surgió de la cercanía que, como investigadora, tengo con ellos, puesto que son mis vecinos; mujeres con las que crecí, personas con las que he interactuado toda mi vida, madres que han luchado por otros espacios sociales y culturales en el corregimiento y un asesor de cultura que le ha apostado abiertamente a la paz. Tal decisión tuvo lugar desde lo que ha implicado para mí el campo, el conflicto armado, la violencia, la construcción de paz y el deseo de reconocer qué ha significado para aquellos con quienes he compartido a lo largo de mi transitar por Bolivia y cómo ello converge con mis propias experiencias y sentires en los diferentes contextos recorridos. En últimas, es una elección alentada por conocer qué guardan las sonrisas y las luchas de las personas próximas a mi experiencia en torno al conflicto armado, como posibilidad de sembrar una relación más íntima y polifónica que contribuya a la cosecha de la esperanza y la paz.

Resultados y discusión

El conflicto armado en Colombia ha estado presente por décadas en diversas generaciones, por ello, las personas desde la primera infancia hasta la tercera edad hemos crecido en un ambiente violento, en el cual se ha naturalizado hablar de secuestro, extorsión, represión y muerte. En esta línea, es importante indagar en lo que ha significado para nosotras este conflicto, cómo lo hemos vivido y qué efectos ha producido en nuestras vidas. Además, es fundamental ahondar en las violencias y, por supuesto, en aquellas respuestas de resistencia y movilización que se han generado al respecto. En este orden, se encontrarán tres apartados que responden a lo descrito, delimitado al contexto de Bolivia, en Pensilvania (Caldas), lugar de donde surgen las narrativas que conducen este artículo,³ en búsqueda de una verdad guardada en la memoria, entendiendo que tal término puede tomar una connotación nueva “no más una verdad de adecuación, de correspondencia exacta entre el discurso actual y los hechos del pasado, sino una verdad de develación que permita capturar el sentido de un acontecimiento” (Todorov, 2013, p. 26).

Voces que narran el conflicto armado

El conflicto armado en el corregimiento de Bolivia inició como un comentario de pasillo; se anunciaba la presencia de grupos al margen de la ley, pero no había quién lo confirmara. La expectativa y el miedo se sentían en el ambiente de aquel pueblo entre finales de la década de los ochenta y el inicio de los noventa. Claudia, comerciante del corregimiento narra:

Más o menos desde el año 88 o 90 se empezó a escuchar que había grupos de guerrilla y de paramilitares en la región, pues uno sí escuchaba, pero uno no le paraba muchas bolas a las cosas porque no nos tocaba a fondo, pero uno vivía pendiente de que no llegaran [...] en ese momento ya había Caja Agraria acá en Bolivia, y decían que iban a venir a asaltar la Caja, y pues yo era una empleada de la Caja Agraria, entonces siempre teníamos miedo y estábamos con las medidas de seguridad para que en el momento que llegaran uno estuviera prevenido.

En función de lo anterior, se puede deducir que dentro de los cuatro periodos de evolución reconocidos en el conflicto armado por el Centro Nacional de Memoria Histórica (2012), el corregimiento fue golpeado en primera instancia por el segundo periodo.

El segundo periodo (1982-1996) se distingue por la proyección política, expansión territorial y crecimiento militar de las guerrillas, el surgimiento de los grupos paramilitares, la crisis y el colapso parcial del Estado, la irrupción y propagación del narcotráfico,



3 Los nombres reales de los participantes de las narrativas fueron cambiados para salvaguardar su información personal.

el auge y declive de la Guerra Fría junto con el posicionamiento del narcotráfico en la agenda global, la nueva Constitución Política de 1991, y los procesos de paz y las reformas democráticas con resultados parciales y ambiguos. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2012, p. 111)

La expansión del territorio implicó en nuestra colectividad una apropiación de todo el municipio de Pensilvania, sus corregimientos y alrededores. Sumado a la posible aparición de dos grupos opuestos en el mismo lugar, lo que resultaba intimidante, ya que, como bien lo señaló la Comisión de la Verdad (2022), entre dos fuegos cualquiera es un blanco más. De tal modo, desde el inicio de lo que sería una época dolorosa para el corregimiento, se instaló la incertidumbre, la angustia y la nostalgia de unos difíciles años venideros.

Ahora bien, cuando estos grupos armados llegan realmente al territorio, la incertidumbre creció y ese miedo que antes se fundamentaba en un objeto ausente, ahora estaba lleno de certeza. No importa la profesión o el papel que desempeñe cada persona en el conflicto, a todos nos toca vivenciarlo, de maneras diferentes pero que conducen a la represión y a la zozobra. Marta, madre de familia y trabajadora independiente del corregimiento, menciona:

Yo trabajaba en Telecom cuando empezaron a llegar los paramilitares y decían que también había guerrilla, que habían secuestrado gente; que secuestraron a don Alberto en Manzanares, o a Guillermo, que dijeron que había sido la guerrilla. Pedían vacunas a la gente del comercio para cuidarlos, y si no la daban los mataban o les robaban las reses. Y cuando llegaron los paramilitares, mataron mucha gente, se llevaban la gente, la amarraban de los carros y la arrastraban por la carretera.

De lo anterior, cabe destacar que los grupos insurgentes que estaban presentes en el corregimiento acudían a la forma de financiación denominada *parasitaria*, que consiste en lograr vínculos con la población y ganar apoyo de algunos sectores, como resultado de una coacción provocada por la presencia de gente armada en la zona; en la que, precisamente, tiene lugar “la vacuna” (Tawse-Smith, 2008). Además, el secuestro, la tortura y las muertes, podían garantizar que aquel miedo que se estaba fundando desde tiempo atrás, se alimentara y creciera tanto como fuera posible.

Todas las estrategias de guerra pasan por el miedo. Las muertes, las desapariciones forzadas, la tortura son una forma de generar terror. El terror paraliza, desorganiza, controla. Es una forma de disciplinamiento social. Y solo no sirve. Por eso numerosas formas de guerra incluyen también estrategias de legitimación. (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 25)

De esta manera, se instauró una incertidumbre constante que, en múltiples ocasiones, obligó a las personas a desplazarse del pueblo, a dejar sus fincas, a su familia y a ir en búsqueda de un futuro aún más incierto, con el miedo, la tristeza y el despojo a cuestas. A propósito del desplazamiento, Laura, estudiante y joven del corregimiento, narra el

momento en que a sus padres los amenazaron y les ordenaron irse de su finca porque, en contra de su voluntad, tuvieron que alimentar por algunos días a miembros de la guerrilla:

Y la policía se lo llevó, y lo tuvieron, pues, como una noche, hasta que les dijeron, bueno si no se van es posible que les pase algo ¿no? O sea, váyanse, porque ustedes están ahí en la mira, entonces les pueden hacer algo; entonces, ellos se tuvieron que ir, digamos todo lo que tenían ahí, la finca, no sé qué, para pues salvar su vida prácticamente.

En esta línea, el miedo se instaura de manera colectiva y en todas las instituciones, como se ha visto en la familiar y también en la educativa. En consonancia, Claudia menciona:

Al esposo mío, Pedro, fue a uno de los que persiguieron demasiado; le hicieron tres intentos de secuestro, gracias a Dios que no se lo pudieron llevar, pero, para mí, fue muy muy duro ese tiempo. Cuando Lorena estaba pequeñita y Matías, cuando a él le hacían los intentos de secuestro, nosotros no dormíamos en la casa, nosotros nos íbamos a dormir a cualquier parte: a unos bajos, a un sótano, a un piso por ahí de huida, de miedo. En la escuela yo le decía a la profesora: por favor, si vienen a preguntar por un hijo de Pedro díganles que aquí no estudia, que ustedes no lo conocen, que aquí no está, que de pronto se me lo llevan.

Por consiguiente, hay una familia ultrajada, intranquila, llena de temor. Similar a lo que sucede en la escuela, un docente que debe mentir, que debe cuidar a sus estudiantes de la guerra y en quien recae una responsabilidad inmensa: procurar que sus alumnos no sean víctimas de un enfrentamiento en el que nunca debieron tener lugar. Sobre la angustia de la infancia, Juliana, estudiante universitaria y joven del corregimiento relata:

Yo no recuerdo absolutamente nada de esas épocas, pero sé que para mí familia fue difícil, mi mamá trabajaba en una vereda como promotora de salud cuando en ese entonces existía esa modalidad y tuvo que llevarme con mis abuelos que viven en una finca un poco más alejada, por temor a que tal vez pudieran hacerle daño a ella o a mí. Mis abuelos junto conmigo tuvimos que irnos a otro pueblo porque estar en la finca tampoco era seguro, las amenazas y el miedo eran latentes.

Así pues, se puede percibir de nuevo la variable miedo, que permea cada una de estas narrativas, que permea mi propio relato, una emoción que se ha convertido en un instrumento de control, no solo para aquellos que vivieron el conflicto armado en su época, sino para quienes, como yo, lo hemos cargado en nuestra memoria, o acaso ¿que yo evite transitar los ríos del pueblo no da cuenta de un mecanismo de control? Nussbaum (citada en Gil-Blasco, 2014, p. 68) señala sobre las emociones: "son formas intensas de atención y de compromiso en las que el mundo es evaluado en su relación con el yo indisociables de nuestra racionalidad práctica". Es decir, la emoción *miedo* da cuenta de cómo percibimos el conflicto armado, y el hecho de que sea una de las emociones predominantes en los relatos nos invita a transformarla, porque también lo ha señalado Nussbaum, en medio de todo, podemos liberarnos de tales emociones e integrar aquellas

orientadas hacia la alegría y el amor. Pero para ello, es necesario descubrirlo y llegar a aquellos recuerdos no queridos, como nos ha convocado Ricoeur (2006). Isabela, joven y estudiante del corregimiento, cuenta una historia que, dice, la ha marcado mucho, y que, probablemente, hace parte de las historias que se reprimen hasta que se decide explorar lo inenarrable, en búsqueda de la no repetición y la no continuidad.

También hay otra historia que me marca mucho que es la de doña Esneda, que ella aún incluso sigue buscando a su hijo que no sabe si se lo llevó la guerrilla, si lo mataron, si él se voló, bueno... ella incluso hoy dice ¿dónde está mi hijo? Yo creo que mi hijo está en tal parte o en tal otro, pero todavía no se hace a la idea de que ya lo mataron.

Violencias: una respuesta feroz al conflicto armado

Inicialmente es preciso enfatizar, siguiendo a Leyton Leyton y Toledo Candia (2014) en que “el conflicto responde a situaciones cotidianas que se dan en la vida social como pugnas de intereses, discusiones y necesidad de abordar un problema, en cambio, la violencia puede ser considerada una de las maneras de enfrentar esa situación” (p. 30). De allí que Galtung (citado en Concha, 2009) conciba la violencia como un fracaso en la transformación del conflicto. A saber, el hecho de que el conflicto armado desencadenara en violencia y guerra da cuenta de una respuesta feroz desde diferentes actores a aquello que inició como una inconformidad de un grupo insurgente y que desencadenó en un hecho tan deshumano que, como lo señaló la Comisión de la Verdad (2022), precisa de diecisiete años para darle un minuto y honrar a cada una de las víctimas.

De tal modo, es oportuno indicar que en el municipio hemos vivenciado, principalmente, tres tipos de violencia. A saber, la violencia directa, la violencia cultural y la violencia estructural (Galtung, citado en Concha, 2009); lo cual puede verse y comprenderse en las narrativas que se gestaron en los encuentros didácticos-reflexivos que tuvieron lugar en la investigación. Al respecto, Claudia menciona:

Ellos, los paramilitares, desaparecían la gente, si llegaba alguien de otra región que no fuera del pueblo lo hacían bajar del carro, se lo llevaban, lo cogían. Una vez, vio mi mamá que allí al frente de la casa de ella bajaron y le arrebataron un niño a la mamá, un niño, pequeñito, y se lo llevaron y lo desaparecieron.

En tal fragmento del relato se siente el uso de una violencia directa, dado que se recurre a actos violentos visibles como la desaparición, ligada a muertes y secuestros. También, de algún modo se refuerza una violencia cultural que clasifica la población de acuerdo con su procedencia, alimentando así ese imaginario del externo como enemigo o la falsa creencia de que algunas personas tienen más derechos que otras por las condiciones sociales y políticas en las que se encuentran. En este mismo sentido, tiene lugar otro segmento de la narrativa de Claudia que alude a estas violencias manifiestas:

En la casa grande donde está el Divino Niño, esa casa la tuvieron ocupada los paramilitares y la prima mía decía que allá entraban la camioneta con los vidrios subidos y entraban con gente que iban a desaparecer, la entraban allá y que se escuchaba cuando las torturaban, ellos lloraban [...] y luego los sacaban en la camioneta y con una pala y una pica para que ellos mismos hicieran el hueco donde los iban a enterrar.

De nuevo se encuentra la presencia de una violencia directa, manifestada en específico en la tortura y en la muerte, imágenes que, como he mencionado, me persiguen en los ríos, en el campo, en las carreteras destapadas a pesar de que no las haya vivenciado con mi propio cuerpo. Esta violencia directa es la que nos interpela, es la que me ha impulsado a indagar qué más hay allí, es la que impregna las voces de las víctimas del conflicto armado, y la que, en ocasiones, no nos dejan dormir.

En cuanto a la violencia cultural, que corresponde a aquellos aspectos de la cultura que se han materializado en la religión, en la ideología, en la lengua, en el arte, en los símbolos (banderas, himnos, medallas) y que buscan justificar la violencia directa y estructural (Galtung, citado en Concha 2009), se puede reconocer, principalmente, la naturalización y legitimación que se dio de los hechos violentos y la situación en sí misma que estaba atravesando el municipio. Nancy, madre de familia y comerciante independiente del corregimiento afirma: “Pues que digo yo, vea, son personas que están ya a nuestro alrededor y nosotros somos personas de costumbres, lastimosamente es así, uno ya al ver esas personas, uno ya normaliza la situación”.

Por último, en cuanto a la violencia estructural, la cual es la violencia propia de los sistemas sociales, políticos y económicos que gobiernan las sociedades, los Estados y el mundo (Galtung, citado en Concha, 2009), puede destacarse la indiferencia de tales sistemas ante el acto deshumanizante que estaba ocurriendo en el corregimiento, a la situación nacional que modificaba nuestros ciclos vitales.

Los ciclos vitales con los que crecimos se pierden: el padre no puede enterrar al hijo, se desconfía de los amigos, se evitan los encuentros culturales. Cuando una persona es desplazada o desterrada, por ejemplo, llega a un lugar desconocido en el que quizás se habla una lengua diferente, hay otros olores y otras temperaturas. (Volumen testimonial del Informe Final de la Comisión de la Verdad, 2022, p. 13)

Esto es, las instituciones que debían estar al servicio de la vida y de la dignidad fueron, en más de 6402 ocasiones, mudas y apáticas frente a la situación que vivía el país y sus habitantes. Cabe recordar un fragmento del poema “Fin y principio” de la autora Wisława Szymborska que expresa: “alguien debe echar los escombros a la cuneta para que puedan pasar los carros llenos de cadáveres”, pues estas instituciones o cambiaban de carril para no hacer frente a las ruinas de los escombros, o aceleraban con más restos a cuestas. Por tanto, es fundamental repensar el papel de estos sistemas sociales, políticos y económicos que gobiernan las sociedades, para que desde la práctica puedan gestar otras dinámicas en las que la paz sea un principio innegociable.

Vestigios del conflicto armado en clave de paz

Al igual que me asalta el miedo al cruzar el puente, me llena de ilusión ver el verde de la montaña después de la lluvia, siento que es posible otro presente y otro futuro. Resuena la canción de Edson Velandia cuando enuncia “y a la vez que tú me dabas alimento te mataban en la guerra y yo te di tan solo olvido” no se repetirá en los años venideros, porque como el título de esta, creo en un nuevo *Empiezo*. En consecuencia y como he mencionado a lo largo del artículo, recurrir a la memoria y narrar el mal no tiene como fin único relatar experiencias que exigen ser narradas, sino que, además, implica repensar el presente y generar caminos para un futuro diferente. Por ello, después de escuchar las narrativas, compartir los sentires y emociones que nos dejó el conflicto armado, dimos paso para hablar sobre la paz, entendida como una práctica cotidiana que permite vivir en armonía con todo aquello que nos rodea, y que requiere cambios estructurales, sociales, culturales, orientados al *buen vivir*, donde se recupere la cultura de la vida y se respete el derecho a vivir en dignidad.

Así, desde las apuestas discutidas, Marta menciona que es fundamental enseñar a vivir en sociedad como herramienta para provocar transformación. También, destaca el papel esencial de un buen manejo de recursos, dado que esto dará herramientas para propiciar otras dinámicas sociales, mayores oportunidades en el campo, a nivel laboral, cultural, principalmente. También resalta el papel de la educación y de la familia.

Pues no sé, yo pienso que para una idea de pronto, o algo así, sería que, o sea, enseñarles no solo a los niños sino a todas las personas que deben de ser más compartidas, solidarias con los demás, ayudar al que lo necesita, y fuera de eso, también, que los recursos que vienen desde el Estado, los manejen bien y los utilicen para cosas que sirvan para eso.

En tal sentido, es oportuno rescatar que Marta propone una construcción de paz desde la cotidianeidad, aspecto realmente valioso, debido a que se instaura la creencia de que es posible hacer cambios desde acciones que en apariencia resultan pequeñas. Como producto de ello, es acertado traer a colación el estudio realizado por Cerdas Agüero (2012) con relación al *efecto mariposa en la educación para la paz*, en el que señala que al igual que el simple aleteo de las alas de una mariposa sería suficiente para generar un huracán, los cambios que se hagan en las acciones diarias pueden gestar grandes resultados a favor de la paz. Igualmente, a propósito de lo que implica el acto educativo, guardan relevancia los aportes de Laura:

Bueno, se puede contribuir mediante la pedagogía. Primero educando históricamente los sucesos que han llevado a cabo digamos el conflicto, las razones del conflicto o que desencadenó muchas de las cosas que aún no tienen explicación para ellos porque, aunque vivieron el conflicto no sabían de qué se trataba ¿no? Era como todos contra todos.

Por esto, desde la pedagogía, desde el acto de narrar y de escuchar, se puede contribuir a esa construcción de paz, por cuanto se evocan unas memorias, se comprenden y se trascienden. Es pertinente volver a mencionar el caudal impaciente del río que me aterra, el campo abierto vestido de noche, y el pueblo a oscuras, porque son una oportunidad para ver ahora el agua cristalina cubierta de verdad, el campo abierto sembrado con semillas de esperanzas y una oscuridad paciente que me recuerda que no estamos condenados a la violencia. Sumado a una responsabilidad que me convoca, como docente en formación, a generar espacios de disertación, reflexión, diálogo en relación con la memoria, para contribuir desde el aula a una mejor sociedad, pues como lo he reiterado en diferentes ocasiones en las páginas anteriores, la percepción del pasado y la manera en que lo recordamos influye en nuestro presente y en nuestros imaginarios del futuro.

En adición a lo mencionado, tanto Claudia como Marta e Isabela reconocieron que en el municipio y a nivel nacional se han emprendido algunas actividades con miras a favorecer precisamente la construcción de paz. Allí destacan la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), los programas que buscan reubicar a las víctimas y permitirles un nuevo comienzo en sus fincas. De igual manera, aluden a los esfuerzos que se han hecho a nivel educativo, principalmente. En esta línea, es importante añadir la perspectiva de Juliana frente a la construcción de paz que se ha adelantado y también de aquellos elementos que ella considera necesarios para vivir en clave de paz.

Creo que es posible alcanzar ese estado de tranquilidad que es la paz y creo también que muchas personas han aportado lo que desde sus medios y posibilidades pueden para lograrlo, cosas como que muchas personas hayan vuelto a sus tierras y tratar de vivir ahí sin miedos, que muchos hubiesen visto con sacrificio la oportunidad de estudio y la tomaran, o se hayan ayudado a sanar el daño que les hicieron y sobre todo el perdón, creo que es el mayor aporte que han hecho muchas personas porque por años ya han estado cansadas del conflicto y vemos la paz como lo importante, independientemente de que alguien pague o no.

Finalmente, es necesario destacar parte de la narrativa del asesor de cultura, en la cual se busca develar los movimientos sociales y/o culturales que se han adelantado en el municipio en torno a la construcción de paz, lo cual a su vez es un referente de apuestas en el ámbito nacional, que buscan desde el arte forjar nuevas historias. Alberto menciona:

Bueno, yo creo que en Pensilvania más que un movimiento social, hay un movimiento cultural muy grande de hace muchos años. Yo vengo con los festivales de teatro departamentales desde el año 2000 [...] aquí también se hace un festival internacional de títeres; aquí hay un festival de cine que ya lleva más de diez años andando. Acá hay grupos de danza que llevan en desarrollo años. Mejor dicho, aquí el movimiento cultural, en Pensilvania, es un movimiento que ha generado en el trasegar de la historia, como tú lo dices, un proceso de resiliencia [...] esos movimientos culturales en Pensilvania han permitido que los jóvenes tengan unos procesos de reflexión demasiado

importantes [...] y gracias a esa resiliencia y a esa participación en esos espacios culturales han podido ver la construcción del país desde un entorno muy diferente.

En este orden, puede reconocerse un movimiento de resignificación de la vida social, económica, política y cultural en el municipio, puesto que se adelantan escenarios en los que se da cabida a la conversación, a la reflexión y a la crítica constructiva a través del arte, campo que en muchas ocasiones ha sido deslegitimado, pero que, al dar paso a las subjetividades, a la historia, al contexto, a la crítica, a la representación y al análisis, supera esos espacios de diversión y se convierte en un medio fundamental para deconstruir, construir y reconstruir la sociedad. Al respecto, Tovar (2015) indica:

El arte y su puesta en escena es más que simple entretenimiento. Es más que un dispositivo didáctico o un mecanismo que propicia la catarsis. Es verdaderamente una ocasión para que una cultura y una sociedad se definan a sí mismas, dramaticen su historia y su mitología colectiva, nos propongan desafíos, se nos presenten alternativas y modos de ver el mundo diferente y eventualmente, nos reafirmemos o cambiemos maneras de ser que nos causan ansiedad e inconformidad. (p. 353)

El arte y los movimientos culturales presentes en Pensilvania y sus corregimientos permiten que las personas que habitamos tal espacio estemos expuestas a otras perspectivas y concepciones, en las cuales además de forjar una memoria histórica, se emprenden actividades para el cambio, desde una melodía, una representación, un baile. Es por ello, que las narrativas en clave de paz nos permiten reconocer que hay muchas apuestas y propuestas que pueden contribuir en el tejido de una sociedad armoniosa, lo cual exige trascender el discurso mismo y darles lugar a acciones que recuperen cada día la posibilidad de otras historias que rompan el ciclo repetitivo de la violencia. Así, por todo lo mencionado, me uno desde la narrativa que se escapa por mis manos y que ha encontrado refugio y esperanza en las manos y voces de mis compañeras y compañeros, al epitafio para el fin de la guerra escrito por Andrea Cote: “que por el campo limpio y liberado asome la raíz de una noche sin espantos”.

Referencias

- Bérrard Calva, S. (2019). *Autoetnografía una metodología cualitativa*. Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA). https://editorial.uaa.mx/catalogo/ccsh_autoetnografia_9786078652891.html
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2012). Los orígenes, las dinámicas y el crecimiento del conflicto armado. *Informe Basta ya*. http://centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/capitulos/basta-ya-cap2_110-195.pdf.
- Cerdas Agüero, E. (2012). El efecto mariposa en la educación para la paz. *Revista Electrónica Educare*, 16(2), 185-206.

- Comisión de la Verdad. [W Radio Colombia]. (2022, 28 de junio). *Comisión de la Verdad: Informe final*. [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=vUSaZo0Th1k&ab_channel=WRadioColombia.
- Concha, P. C. (2009). Teoría de conflictos de Johan Galtung. *Revista de Paz y Conflictos*, 2, 60-81. <https://www.redalyc.org/pdf/2050/205016389005.pdf>.
- Gil-Blasco, M. (2014). *La teoría de las emociones de Martha Nussbaum: El papel de las emociones en la vida pública* [Tesis de doctorado, Universidad de Valencia].
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C. y Baptista Lucio, P. (2018). *Metodología de la investigación*. <http://observatorio.epacartagena.gov.co/wp-content/uploads/2017/08/metodologia-de-la-investigacion-sexta-edicion.compressed.pdf>.
- Leyton Leyton, I. y Toledo Candia, F. I. (2014). A propósito de la violencia: Reflexiones acerca del concepto. <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/116376/MEMORIA%20FINAL%202012.pdf>.
- Ricoeur, P. (2006). *La vida: un relato en busca de narrador*.
- Ruta Pacífica de las Mujeres. (2013). *La verdad de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia*. <http://rutapacifico.org.co/documentos/tomo-II.pdf>.
- Szyborska, W. (2011). *Poemas*. Editora Companhia das Letras.
- Tawse-Smith, D. (2008). Conflicto armado colombiano. *Desafíos*, 19, 269-299. <https://www.redalyc.org/pdf/3596/359633164010.pdf>
- Todorov, T. (2013). *Los usos de la memoria*. Santiago: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.
- Tovar, P. (2015). Una reflexión sobre la violencia y la construcción de paz desde el teatro y el arte. *Universitas humanística*, 80(80). <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/7589/>.
- Volumen Testimonial del Informe Final de la Comisión de la Verdad. (2022). *Cuando los pájaros no cantaban*. <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>.